

Villa el paraíso

Glafira Rocha

Un minuto, otro. Un segundo, otro. Un ahora, otra hora y después no se sabe el momento, ni si quiera se entiende a dónde se fue el tiempo o por lo menos ese resquicio en el que se puede vislumbrar que los segundos han dejado de pertenecer a un ordenamiento, que los minutos ya no se cuentan y que las horas nunca han importado.

El globo terrestre ha dejado de girar, todo se ha paralizado, los pasos no pueden continuar, los hombres ya no van hacia alguna parte, las mujeres se han quedado en trabajo de parto, los niños observan permanentemente un globo que se fue hasta el infinito. El momento, que así llamo porque no sé decirlo de otra forma, mi momento, es otro, es la pregunta sin respuesta, es un no saber, un no entender que todo era perfecto, que los deseos se habían cumplido, que las noches dejaron de importar y que los días sin sol eran los preferidos.

Estoy en ese espacio donde no hay tal, donde los segundos nunca han importado; varado en la estación del sin sentido, en el ayer, en el ahora que no me dice que habrá mañana. Sigo pensando que hay un tiempo que aún no se cuenta, ese que hay entre un segundo y

otro, que aunque tiene nombre nunca se sabe cuando estamos dentro de él. Me he descubierto ahí, en ese tiempo, sin notar que siempre lo estuve, que no hay nada y que lo hay todo, ahora que sé lo que es, quiero salir, voy a avanzar hacia el futuro, porque así lo han dicho, porque nos lo han dicho, el futuro, el futuro que es un tiempo que sirve como todos para denotar una acción, un proceso o un estado de cosas posteriores al momento en que se habla, amaré, volaré, seré, algún día seré lo que todos dicen que debo ser, voy hacia allá, siempre fui hacia allá y cuando pretendía haber llegado a ese allá lo había hecho demasiado tarde, entonces empezar de nuevo para ir hacia aquello que sólo existe en la memoria de los demás, en los deseos de los demás. Por alguna razón yo me apropié de esos deseos, los hice míos y luché sin conocer a dónde me llevaban... no, me equivoco, sí lo sabía, me llevaban al futuro.

En medio de esta nada de todo, puedo dejar de pensar en el tiempo, pero se me hará tarde para llegar al trabajo, para ir a la oficina, para decirle a la secretaria que saldré de vacaciones por dos semanas, que no hay llamadas, que ya no hay horas, que el tiempo y los días están sólo

Glafira Rocha

(Culiacán, Sinaloa, 1974). Estudió Lengua y Literatura Hispánicas en la UAS. Fue becaria de la Fundación para las Letras Mexicanas en el área de dramaturgia. Autora del libro *El rumor de los días que vendrán*.

glaf51@hotmail.com

en mi memoria y que ésta también se va conmigo de vacaciones, porque he decidido que los días de descanso los pasaré fuera de mí, no pensaré más, lo he decidido, no cruzará una idea por mi cabeza, ni querré llevarla a cabo, tampoco crearé mundos imaginarios donde estoy situado en el paraíso que me he desarrollado, ya no más, todo eso se fue al espacio que se sitúa entre un segundo y otro, nunca más, unos días, un tiempo, unas horas, otras, un segundo, otro y me alejaré para siempre de mí. Por fin voy a descansar de la corbata, del pantalón de lino, para que todos me vean, para que todos lo crean y les diré que soy aquél que han creado y les diré que por fin me tomaré unas vacaciones donde nadie me llame por el apellido, ni tenga que firmar con saliva las cartas que nunca tienen remitente.

Un camino que se observa, en medio del camino mi auto, otros caminos, elegir el correcto, el que me llevará lejos de aquí, lejos de mí, donde no pueda verme, ni descubrir que deseo alejarme. Las flores, nadie las regó, nadie las cuidó y ahí están a la orilla, sólo para que yo en ese momento, en el que las llantas de mi auto las rozan con el aire purulento, pueda decir que las flores siempre adornan el paisaje pero ¿Cuál paisaje? el que me han fabricado y me han dicho que es hermoso sólo porque algunos hombres llegaron a ese acuerdo.

Las casas, dentro de ellas una historia, que nos llevará a otra y otra, hasta encontrarnos con la de un hombre que viaja hacia sus vacaciones. Una cima, el auto a marcha forzada, el motor, el aceite que corre por los ductos, el agua que se evapora, el radiador con poco líquido que explota y lo perfora, el humo, qué importa, nada importa, sólo el camino, sólo lo que será, lo que disfrutaré, las vacaciones, las mujeres que conoceré, aquella de la podré enamorarme, los hijos que tendremos, los viajes, los nietos, el radiador, tengo que llegar, ya quiero estar ahí, es de noche, ya es tarde, el radiador, pero qué importa siempre es tarde para empezar. Por fin un tiempo compartido que no comparto, el gran letrero «Bienvenido a villa el paraíso» mis ojos se pierden en el ideal dibujado: la mujer bella, el radiador, los niños jugando con un globo, los hombres caminando por las aceras, el auto deportivo que siempre quise tener, sus faros en mi rostro, veo las ruedas, el radiador, ya no hay tiempo, se ha esfumado, se ha volcado, ha dado vueltas, los segundos están paralizados, el espacio entre un tiempo y otro tiempo infinito que se perdió con el freno, el radiador, con el clutch, con el parabrisas, por fin cumplir el futuro, volaré, volaré y ahí me quedo estático, sin memoria, sin pensamiento. Tic, tac, tic, tac, tic, tac, ese tic tac que sigue corriendo para todos ustedes. 🚗